

Querida Henriette:

Aquí me hallo, a miles de kilómetros de ti, bajo este cielo nocturno cargado de estrellas, deseando que estuvieras aquí para contemplarlo juntos... y para compartir contigo tantas otras cosas. Te encantaría la luz que baña este país. Aquí los cielos son límpidos como nunca los hemos visto en Reims, y de día son de un azul muy parecido al de tus ojos. Así que, cuando me abrumba la añoranza de ti, sólo tengo que alzar la vista e imaginar...

Imaginar... imaginar... Thierry levantó los ojos azules de la carta y se rascó el asomo de bigote con la pluma. “¿Que me estás mirando?” No, muy ramplón. Tenía que tener más calidez, más sentimiento. ¿“Sentir tu mirada desde los cielos, dándome fuerzas”? Mmmm... no era La Fontaine, pero serviría. Mojó la pluma en el tintero, y entonces notó que había dos grandes goterones en el papel, sobre el texto. Pero eran de color rojo, y él no tenía tinta r...

Fulgencio destrabó la navaja de la nuca de aquel gabacho, que quedó si se hubiera quedado traspuesto al calorcillo del fuego. Se acuclilló junto a él y se rascó la patilla con una uña mugrienta: la plazuela seguía envuelta en el silencio de la noche y la iglesia seguía gritando calladamente, contemplando sus tripas de madera santa ardiendo en aquella hoguera.

Todo iba según el plan del Lebrato. Levantó un poco su trabuco. Respondiendo a su señal, las bocacalles vomitaron sombras furtivas que iban reuniéndose en algunas puertas de la plaza. Hacia él venían unas cuantas, sus ojos más brillantes que sus armas.

—¿Todo bien, compadres?

—A pedir de boca —dijo el Salustiano —Tres vigías hemos apiolao. —se pasó el pulgar por la garganta, sonriente —Como cerdicos pa Pentecostés.

—Pues al lío.

La cuadrilla se llegó sigilosamente a la puerta del ayuntamiento. Fulgencio probó la puerta: estaba abierta.

—Ya sabéis: a hincharse a despachar gabachos al infierno, pero tó lo callando que se....

El tiro resonó en toda la plaza, congelando a todos momentáneamente... hasta que Leandro *el Mascarroble* se desplomó al lado del Salustiano.

—Alarme, alarme!! nous sommes attaqués, nous sommes attaqués!!

Y estalló la barahúnda. —¡La madre que lo parió! ¡Vamosvamosvamos!

Fulgencio atravesó la puerta trabuco en mano, la cuadrilla detrás. No hacía falta más luz que el fuego de la plaza. Subió las escaleras de dos en dos, recordando cómo había encontrado a su Luisilla cuando volvió a Malpartida. Al llegar arriba ardía con una furia que casi arranca de sus goznes la primera puerta. Cuatro franceses se le quedaron mirando, en calzas y legañosos, pillados in franganti cuando salían de sus lechos improvisados para agarrar sus mosquetes. A esa distancia el trabucazo de Fulgencio despanzurró a tres, y el cuarto, aturcido por la explosión, ni vio venir las dos mojudas de albaceteña que le metió bajo la axila.

Al volverse se encontró con unos ojos tan acerados que le dejaron en el sitio. No, no fueron los ojos. Fue aquel sable que le atravesó de parte a part...

El capitán Jean Pierre Dubois no le dedicó un segundo pensamiento al sucio labriego que acababa de traspasar. Tampoco al que derribó de un tiro, justo antes de que cuatro de sus soldados se le adelantaran para repeler el ataque.

—¡Adelante, adelante! ¡Haced huír a esas ratas de campo! ¡Leblanc! ¿Dónde está usted?

—¡Aquí, señor! —respondió alguien en el tropel de hombres armados que corrían a unirse a la refriega.

—¡Búsqume al alcalde y tráigamelo ahora mismo!. ¡A él y a su familia! Alguien va a pagar por esta cobardía.

—¡Sí, señor!

En cuanto volvió la cabeza al pasillo se dio cuenta de que aquello no iba bien. Otro de sus soldados cayó, heroico, y él quedó frente a su asesino. Aquel rufián entrecano hasta le mostraba los dientes, babeando como un perro rabioso, con un cuchillo en cada mano. ¿Cómo se atrevía? ¿Por qué no corrían con el rabo entre las piernas, como solían hacer?

El capitán levantó su sable, separó los pies y flexionó las rodillas, colocándose en una impecable posición de *en garde* que su maestro de esgrima habría aplaudido entusiasmado. El bellaco no pareció especialmente impresionado: se abalanzó sobre él, gorgoteando horriblemente. Jean Pierre se aprestó a fintar, pero perdió pie con uno de los caídos. Para cuando quiso recuperarse el villano ya estaba tan cerca que no había espacio para esgrimir su sable. Inerme, sólo pudo recibir atónito la lluvia de puñaladas que le prop...

Gaspar siguió apuñalando aquel pecho, sin ver casi nada entre las lágrimas de rabia y la oscuridad de aquel pasillo. Por su Julia, por sus hijos, por los muros quemados de Navarorce. Apenas entrevió más movimiento de ropas blancas allá se lanzó, deseando morder, destripar, rajar. Un súbito fogonazo le...

El campesino se desplomó, pero detrás venían más. Desesperado, Alain le lanzó su pistola vacía al siguiente. Entonces entrevió en el suelo el amasijo sanguinolento al que había quedado reducido el capitán Dubois y se desmoronó.

—¡El capitán! ¡Han matado al capitán!

A su lado el barbudo Gerard, su compañero de pelotón, tiró al suelo el mosquete y levantó las manos, tembloroso.

—¡Me rindo, me rindo! ¡No me matéis!

El orgulloso soldado francés que había dentro de Alain se escandalizó al principio. ¡Rendirse a una chusma como aquella! Pero cuando detrás de él escuchó más ruidos de mosquetes sobre el maderamen y más súplicas, sintió un alivio inconmensurable. No era el único en querer salvar su vida. Tímidamente alzó también las manos y percibió un movimiento ráp...

El Tomasillo sacó la bayoneta del ojo de aquel gabacho que le había lanzado la pistola tras descargársela en la jeta a su compadre Gaspar. El ardor de la matanza le empujaba a tirarse a por el siguiente, pero allí seguían los demás, chapurreando en francés con las manos en alto. ¡Ondiá! ¡Que se rinden! ¡Los mismísimos mesiés de la Grande Armée! Echó la cabeza atrás, carcajeándose con su media dentadura podrida, cuando de pront...

Jacques bajó el cañón de su rifle casi al tiempo que aquel guerrillero nervudo se desplomaba en el primer piso del ayuntamiento, al otro lado de la calle. Pero antes de quitarse del ventanuco de la buhardilla de aquel corral para recargar percibió movimiento en la calle: algunas sombras venían hacia él. ¡Le habían descubierto!

Se metió de nuevo en la buhardilla y se puso de inmediato a recargar su arma, tratando de no hacer caso al frío que le corrió por la columna. Poner la carga de pólvora en el cañón...

¿eso eran unos cacareos? Sí, las gallinas de abajo, asustadas. Meter la bala, con cuidado de que no se le cayera con los nervios. Introducir la baqueta por el cañón, para presionarlo todo bien... pasos en la escalera de mano... cebar la cazoleta y montar el martillo. ¡Listo!.

Se incorporó lo más silenciosamente posible y enarboló el rifle ante él. Qué reseca tenía la boca. Avanzó por el lado del montón de paja más virgen, enfilando la trampilla de la escalera... cuando una explosión de plumas surgió de la pila de paja y se lanzó contra su cara. Jacques retrocedió ante la tromba de graznidos y picotazos que buscaban sus ojos, manoteando a ciegas y agitando el rifle ante su cara, loco por quitarse aquello de encima. De pronto tropezó con un muro bajo, perdió pie... y cayó hacia atrás. Esperó el golpe contra el suelo, pero siguió cayendo. En el momento en que abrió los ojos, extrañado de la tardanza, sus sentidos explotaron con un dolor súbit....

El gallo aleteó frenéticamente, suavizando su caída sobre aquel humano, que extrañamente no se movió cuando aterrizó sobre su cabeza. Tampoco es que al gallo le importara demasiado, bastante tenía con esquivar ahora a tres humanos que parecía que venían a por él. Huyó hacia una doble puerta abierta y entró, con el corazón en el pico. Allí no había ruidos, salvo un siseo muy bajo. Parecía provenir de un fuego pequeñito, como una luciérnaga, que olía raro y se acercaba inexorable a una pila de barriles.

El ave torció pajarilmente el cuello para ver mejor la luz y emitió un “¿cococ?” de perplejidad, justo antes de que...

El Andresillo no había visto nada parecido en sus apenas ocho primaveras. La cuadra reventó como una gigantesca palomita de maíz, iluminando la noche y lanzando por los aires también cachos de las casas vecinas. Sintió retumbar explosión dentro de él, casi como un golpe, pero allí siguió, de pie tras el murete, con un pitido en los oídos y contemplando con la boca abierta cómo volaban los restos del tejado junto a las estrellas.

Le interrumpió un manotazo en el hombro. Román. A la luz del fuego le vio mover la ancha boca, como riéndose, pero al principio sólo escuchaba el pitido, que se fue haciendo cada vez más bajito hasta que oyó claramente su vozarrón.

— ... zagal, muy bien! ¡Menudo zambombazo! Jajajaja ¿Has visto cómo había que poner la mecha lenta que pusiste? ¡Si nos hubiera pillado más cerca habríamos volao con la munición! Jajajaja.

El Andresillo no contestó. Trató de avisarle, señalando a los franceses que venían por la calle detrás suyo, pero no pudo articular palabra. El tiro se confundió con los de la batalla cercana, y Román cayó riendo aún, los ojos vueltos al cielo.

—Et l'enfant, sergent? — preguntó el soldado, su arma aún humeante.

—Je m'en charge — dijo otro. Le apuntó con una pistola. El Andresillo, sin respiración, contempló el oscuro cañón y...